

EL TESORO DE LOS MERUANES.

El emir de Baza, Nazar-ebn-Husseim-ebn-Jussuf, ¡acababa de llegar á su alcázar: sus guerreros estaban aun cabalgando, y en medio de ellos, atado fuertemente, se veía un hombre de torvo mirar, cuya barba negra le llegaba á la cintura, cubria su cuerpo una túnica cenicienta, y un pequeño bonete verde su cabeza.

Nazar-ebn-Husseim venía soberanamente mal humorado: tras un dia de correr cerros arriba y cerros abajo en busca del tesoro de los Meruanes, que, segun el desconocido, debía hallarse escondido por aquellos sitios, expedicion infructuosa y hecha en uno de los mas calurosos dias del mes de Julio, llegaba á palacio, molido y quebrantado, abrasado por el calor, la garganta emparedada del polvo y la lengua pegada al paladar de puro seca. Pero (Alá sea con él) el emir como buen musulman y con resignacion fatalista hubiera pensado que aquello estaba escrito, si, al bajar del caballo, no hubiera encontrado al gefe de la guardia, que puso en su conocimiento, como el soberano y omnipotente califa de Córdoba mandaba que inmediatamente saliera con sus ginetes y peones, para unirse al ejército que á la sazón corría aquellas tierras al alcance del rebelde Yussuf el Ferih.

Mesóse Nazar-ebn-Husseim las pobladas barbas, y mesádose hubiera el cabello á no tener afeitada la cabeza, al oír aquella nueva que no le dejaba un instante de descanso: en un momento subió á las habitaciones reservadas á sus esposas con el fin de despedirse de ellas, cuando al llegar á la puerta de entrada se encontró con el enviado del califa que, con la sonrisa en los labios, le mostraba el sagrado pergamino con la orden, al pié de la cual se veía el sello y firma del monarca.

Sonrióse el emir, con la sonrisa de un condenado, al ver que se le prohibía la entrada, y comprendiendo que la orden era terminante, bajó á la plaza en donde se hallaba ya reunida toda la gente de armas disponible, y puesto á su frente salieron de la poblacion dirigiendose á Benamaurel, por saberse que el rebelde se dirigía á tierras de Tadmir.

Quinientas lanzas gruesas y dos mil peones formaban el escuadron de nuestro buen alcaide, y era un gusto el ver con que marcialidad caminaban llevando sus cabos y enseñas al frente, y sus adalides y campeadores á la descubierta. Cerca del pendon de la ciudad se veía el prisionero fuertemente custodiado.

Cerrado había ya la noche, por haberse puesto la luna que, hasta aquel momento, brillára alumbrando el horizonte, cuando Nazar-ebn-Husscim, según las reglas de toda prudencia, mandó hacer alto á sus gentes y acampar en un barranco cubierto de maleza y matorrales. Pronto estuvo plantada la tienda del emir, cuya lona, listada rosa y blanco, encerraba los mas ricos tapices y mullidos divanes, dignos de figurar en los salones maravillosos del palacio del califa. Se conocía que el buen emir no se contentaba con la lana de su rebaño y sacaba en sus tigeras á veces la piel.

No bien las lámparas estuvieron encendidas, los pebeteros exhalando perfumes y tendidas las alfombras, entró el apesadumbrado Nazar con gesto avinagrado y ademanes algo desconpuestos y sentóse en un divan á reposar del cansancio. Pero estaba escrito, y sin duda en caracteres muy gordos, que no gozaria del reposo, pues aun no había cerrado sus ojos, cuando insólito rumor le hizo abrirlos apresuradamente y tocar con una varita de oro un timbre del mismo metal. Acto continuo alzóse la entrada de la tienda y se presentó un morazo de rostro curtido, ojos negros y mirada salvaje; era el alfez del emir.

—Por Alá—exclamó este con voz enronquecida por la cólera—¿qué alboroto es éste, que turba mi reposo? ¿Quien osa alterar el silencio que reinar debe en mi campo?

—Señor,—dijo el alfez,—es el judío Jeremías que dice, que le prometisteis juzgarlo ó ponerlo en libertad antes de la media noche, y reclama el cumplimiento de vuestra promesa.

—Por mi nombre, que ya no me acordaba de él; hazle entrar y que entre tambien Alí con su favorito.

Hay que tener en cuenta que Alí era un negro colosal y de fuerzas hercúleas y que su favorito era un látigo de correas de vaca, arma terrible en sus manos.

Al instante fueron introducidos y el emir dirigiendose á Jeremías le dijo:

—Me has prometido el tesoro de los Meruanes y yo crédulo te he seguido: me has hecho andar de un barranco á otro bar-

rango y sin embargo, como tú mismo has confesado, era un pretesto para alejarme de Baza; pues bien, Alí, le darás en mi presencia por esta noche treinta azotes.

El judío permaneció impasible al oír esta sentencia y Alí después de los preliminares necesarios pasó á ejecutarla con una calma asombrosa. No bien hubo concluido la cruel operacion, durante la cual Jeremías no había exhalado el menor quejido, este dirigiendo su penetrante mirada al emir, le dijo con voz tranquila pero terrible á la par.

—Ya estás complacido, poderoso señor de Baza, ya estás complacido y mis ensangrentadas espaldas lo demuestran. ¡Ay de tí! Has dejado en tu alcazar la mala semilla de la seducción. ¡Ay de tí, imprudente! Te has aventurado en lugares peligrosos. Emir de Baza, perdiste á tu Halima.

—Mañana me darás estrecha cuenta de esas palabras—dijo Nazar con mal reprimida cólera.—Alí, llevadle y que esté bien custodiado.

Salieron de la tienda y cuando iba el buen alcaide á descansar, no sin alguna inquietud por las palabras de Jeremías, entró Alí despavorido.

—Señor—dijo—el judío acaba de escaparse. Eblis le debe haber ayudado, pues era imposible que él solo pudiera soltar sus ligaduras.

Iba el emir á estallar, cuando resonó un agudo silvido. Súbito rumor inundó los ámbitos de la barranca: cajas y añafles y grandes leñes sonaron por todas partes y un vivo resplandor iluminó la tienda del alcaide y señor de Baza. Sus tropas se hallaban en la mayor confusion y él salió al campo con la sana intencion de ver de salvarse del estrago.

Pronto se halló firme en la silla de su caballo: su alférez mayor al lado enarbolaba el pendon señorial, su guardia de honor le rodeaba y dirigiendo una mirada en todas direcciones, pudo convencerse el malaventurado emir de que estaban los suyos completamente cercados por las llamas y por un enemigo invisible, cuyas saetas caían sobre ellos en continua lluvia.

En tanto continuaba el estruendo de cajas y trompas, unido con el chisporroteo de los matorrales, que iban estrechando su círculo de fuego alrededor de los adalides de Baza. El emir decidió romper por entre el enemigo y ordenando su gente empezaron á trepar por la ladera: pronto la confusion subió de punto y entonces Nazar-ebn-Hussein, poniendo espuelas al caballo, rompió por medio del incendio, dejando su gente en descomunal batalla con los rebeldes de Yussuf y no cuidandose mas que de su propia salvacion.

Corría el caballo en frenética carrera aguijoneado por el fuego, que de vez en cuando abrasaba sus hijares, y el emir había perdido su alquical y su turbante, y se habían quemado parte de sus vestidos, y chamuscado la lengua barba y abrasado un brazo; y cor-

ría el corcel guerrero y Nazar juraba y maldecía, y multiplicaba sus imprecaciones. Y así cruzaba barrancos, colinas y cejos, y ya estaba muy lejos del sitio de la refriega cuando empezó á apuntar por oriente el primer albor del crepúsculo matutino, á tiempo que entraban caballo y caballero por una ancha senda bordeada de floridos granados y cuyo piso era de menuda arena.

El fresco ambiente de la mañana al refrescar el rostro de Nazar y disipar el sobresalto que de su ánimo se apoderara con la sorpresa de su campo, le trajo, al par que la serenidad, el recuerdo de las palabras del judío y entonces la duda y los celos se apoderaron de él. Juró por Alá, por el califa de Damasco, por el de Córdoba y por su nombre, tomar la más solemne y terrible venganza y al efecto hundió los acicates en los hijares de su caballo. Pero cuanto más corría, más interminable era el sendero en sus múltiples vueltas y revueltas; ya había salido el sol y se elevaba hácia el zénit y no parecía que aquel camino tuviera fin.

Bion probaba en noble corcel en tan desenfrenada carrera, la pureza de su raza árabe.

El sol llegaba á mitad de su carrera, cuando desembocaron en una plazoleta sombreada por corpulentos olmos, y en cuyo fondo, al pié de una escarpada roca, veíase una gruta ornada de enredaderas. El mas tentador arroyo que viera el emir salía de ella y despues de serpentear corto trecho perdlase en un bosque de naranjos. Apeose Nazar y apagó su sed en él y despues de atar su caballo á un arbusto, tendióse en el verde césped y poco despues dormía profundamente.

Rato hacía que el señor de Baza descansaba, cuando, separando los festones de enredaderas que cubrian la gruta, apareció una mujer, hurí escapada del paraiso del profeta, segun su rara belleza. Tendió una mirada inquieta al rededor y sus ojos se fijaron con temor en el emir, que dormía con la tranquilidad de un bienaventurado.

En este momento oyóse el trote de varios caballos y el del emir exhaló un prolongado relincho. Nazar-ebn-Husseim despertó sobresaltado y sus ojos encontraronse con los de la mora. Rápido como el tigre levantóse y llegandose á ella la asió de un brazo y le dijo con voz enronquecida por la cólera:

—Pérfida, no me han engañado, te encuentro al fin y vás á morir.

—¡Socorro! Socorro! gritó Halima, pues era ella, al ver á su marido, al que acababa de reconocer, buscar su yatagan en la cintura.

Y antes que el emir pudiera ofenderla, vióse bruscamente separado por un brazo de hierro y atónito encontró ante sí al oficial, que le diera la órden de reunirse al ejército del califa.

—¿Quien eres-le dijo este-y con qué derecho insultas á una mujer, que vale más que tú?

—Y quien eres tú-dijo el emir medio aturdido-para oponerte á mi justa venganza?

—Aquí soy su caballero, y por Alá que vés á pagar cara tu osadia.

—Pues por el estandarte verde del profeta que vés á saber quien es Nazar-ebn-Husseim. emir de Baza, y esposo de la perjura.

—¡Ah! ¿con que eran verdad tus proyectos de venganza? ¿Con que es su muerte lo que quieres?

—Sí, su muerte y despues la tuya, vil caballero de esa dama á quien desprecio.

Un terrible rugido se escapó del pecho del oficial real, que hubiera puesto pavor en el ánimo del emir, si este no se hallara tan fuera de sí.

—Pues bien,-le dijo- vas á saber lo que hay de tí á mí. Desnuda tus armas y aprestate á combatir como bueno; que he de probarte que tu eres el vil y el mal caballero.

Y rápido como el pensamiento dejó caer su mano con violento empuje sobre el rostro de Nazar, que bamboleó á tan tremendo golpe y sacó el acero, cruzandolo con quien tan terriblemente lo insultaba.

Halima se arrodilló á los piés de su defensor, que ya combatia bravamente con el emir, y quiso implorar por la vida de su esposo, aunque en vano

Entonces, y cuando el golpe mortal iba á ser asestado á Nazar, haciendo ella un violento esfuerzo, exclamó:

—Adhel, Adhel, acuerdate de tu madre y perdona.

Adhel vaciló un instante; pero con un rápido movimiento desarmó á Nazar, sobre el que se arrojaron varios árabes, que aparecieran con Adhel, y en un instante lo ataron rudamente y lo colocaron á la grupa de un escudero.

Adhel montó el caballo del emir y colocó sobre el arzon á Halima y rompió la marcha seguido de sus gentes.

Inútil es decir que Nazar—ebn—Husseim—ebn—Jussuf, algo menos acalorado, maldecia del tesoro, del califa, del rebelde Jussuf, de Adhel y de Halima, y pensando sobre el porvenir, sus ideas no eran muy tranquilizadoras.

(Se concluirá.)

C. BARBERÁN RODRIGO.

LA ESPOSA CRISTIANA.

Nido casto y seductor,
 Sellado al pie del altar;
 Angel tierno del hogar,
 Centro puro del amor.
 Guardadora del HONOR
 Fiado á tu juventud,
 Tú eres la paz, la quietud,
 La dicha, la confianza,
 El consuelo, la esperanza,
 La santidad, la VIRTUD.

Tu benéfica influencia
 Sobre el esposo desciende
 Y dulce y suave se estiende,
 Dirigiendo su conciencia.
 Haces grata la existencia,
 Siembras la felicidad,
 Llevas la moralidad
 Con tu palabra y tu ejemplo...
 Eres el sagrado Templo
 Dó brilla la CARIDAD.

Omnímodo es tu poder,
 Grande la mision que encierra
 Tu breve paso en la tierra
 Al ser esposa, mujer.
 Si lo sabes comprender
 En lo inmenso de tu amor,
 Será el medio salvador
 De que en el místico hogar
 Eleven siempre su altar
 VIRTUD, CARIDAD Y HONOR.

J. M. PUCHE.

EN UN CEMENTERIO.

Este sepulcro es viejo...
 ¡Qué pobre! ¡qué sencillo!
 En su pared oscura
 Con lápiz han escrito...
*«Fue un genio, fue un poeta,
 Asombro de su siglo.»*
 ¡Y no hay ni una corona
 De laureles ni mirtos...!
 Solo tiene una palma...
 ¡La palma del martirio!

AQUI Y AHI.

Aquí, Celia, miradote, vivía,
 Pero feliz no fui:
 No era tu patria el mundo y yo temía
 Que te fueses de aquí.

Te has ido, voy en pos, ahí en el cielo
 Mejor sin duda estás:
 Feliz podré mirarte sin recelo;
 De ahí ya no te irás.

M. M.

Nuestro amigo y compañero de redacción D. E. Vilches, ha remitido al director de EL ATENEO la siguiente carta, acompañada del artículo humorístico, que à continuación insertamos, creyendo lo verán con gusto nuestros lectores.

SR. D. ANTONIO GAYON:

Querido amigo: ahí te remito un *duo* de tiple y tenor de unos amores *cantabiles*, que comienzan en música italiana,
 «Que es el rumor del beso apasionado;
 Del aura los dulcísimos poemas...»
 y que terminan lo mismo que la alemana, que es:
 «Del bélico clarín la voz guerrera;
 El gigante concierto de los mundos...»

Quedas autorizado para darle cabida en la ópera de EL ATENEO LORQUINO, en que tan sabia y celosamente llevas la batuta, ó relegarlos, entre otros *spartitos*, á tu almacén de música, donde los cubra el eterno polvo del olvido.

Si otra cosa no, habré conseguido recordar una lección de solfeo, que siempre es bueno tener presente.

Tuyo:

Ernesto.

ANDANTE MAESTOSO E DOLCE.

Yo quisiera poder delinear detalladamente á los benévolos lectores la interesante y poética figura de la que es protagonista en esta tragi-cómica historia, que pretendo bosquejar. Mi pluma es débil, ya lo sé; pero aunque no lo fuese, no es fácil retratar á un sér tan ideal y fantástico, tan afable y terrible, tan espiritual y material, tan alegre y triste, tan sencillo y apasionado, tan natural y romántico á un mismo tiempo, como la bella y filósofa criatura, que un día magnetizó mi corazón con épicos símiles, con metáforas originales, con alegorías celestiales; enfin, agotando todas las figuras retóricas.

Un día ... no señor, era una noche; la fausta noche que la declaré mi amor franca y sucintamente. Estaba bellísima, recl-

nada coquetamente en una butaca, con la cabeza dobladita y abanicandose, mientras afectaba una dulce sonrisa, con la que descubría unos dientes preciosos, y entornando unos ojos negros, que destellaban voluptosidad.

—A los pies de V., Marta.

Aquí contrajo ligeramente sus rojos y delgados labios, inclinó con elegancia su hermosa cabeza y me presentó una mano tan diminuta como blanca.

—En algo divino, añadí, estaba V. pensando, aunque no tan divino como V.

—No acierto à comprender la razon, por la que V. deduce en su amable lisonja, que fuese divino lo que yo pensaba en este instante.

—La razon es bien sencilla; lo divino no debe ocuparse mas que de lo divino; yo no soy más que simplemente humano, y al lado de un ser como V. no puedo pensar más que en cosas puramente celestes. ¡Es V. tan hermosa, que es fácil confundirla con un ángel!

—De veras... ¡dijo cerrando mas aun sus elocuentes ojos y dandole à su voz el tono mas tierno, que esplicarse puede.

—Qué si es cierto? continué en *crescendo*: ahora comprendo que la Fornarina inspirase à Rafael, para que sus lienzos fuesen inmortales y que Beatriz iluminara al Dante en su *Divina Comedia*; por que yo sabiendo menos, hubiera pintado más que aquel, y escrito mejor que este, teniendo siempre à mi lado una creacion como V. más bella y más perfecta que la Fornarina y Beatriz.

—Si todas esas galanterías fuesen verdad, amigo mio, en tal de que mi patria tuviera un genio mas, me tendria V. à su lado, para inspirar su pincel ò su pluma.

—¡Ah! No sería lo bastante, Marta; seria necesario que V. me amase con todo el delirio, con todo el entusiasmo de que es capaz un alma grande y sublime, como la suya; exclamé en un *allegro vivace*.

—Bien; nada mas justo, continuó con el mismo *compás*; pero tambien sería preciso que yo exigiera à cambio de su inmortalidad un poquito de cariño....

—Eso es poco, muy poco, Marta mia, interrumpí *piu conmolto*; por que mi cariño, siempre, eternamente, sería una adoracion, una idolatría... pero... ¿Qué digo sería? continue *mezzo forte*, mientras aprisionaba una de sus manos; es que te amo, es que siento arder en mi pecho una llama tan abrasadora, cuyo terrible fuego incendia mi alma, dispuesta à exhalarse por tí. Si Marta, sí... añadí, dando el *do de pecho*: sabelo de una vez; siempre te he amado, y éste es el supremo momento de mi revelacion... y besaba frenetico su mano.

Gran *calderon*, despues del cual dejó escapar un fugaz suspiro, lanzó una olimpica mirada, y con una voz mas dulce y me-

líflua que una arpa cólica, arrancó de su pecho estas palabras, mas bien que palabras, notas de un *andante marcato y pianísimo*, que hubiera roto mil guantes, aplaudiendo un público inteligente.

—Oh... gracias... Dios mio... gracias...! yo te amaba tambien... sí... te amaba, como el rio al mar, como á la luz los colores, como á Eolo las aves, como á Neptuno los peces, como á Pluton los cuadrúpedos....

—Todo eso es muy poco, dije, interrumpiendo sus comparaciones, que Dios sabe dónde irían á parar; por que yo te quiero mas que todos esos animales juntos á los Dioses que crearon sus elementos, por que ellos no llegaron á verlos, como yo te estoy viendo á tí; por que ellos no podian estrecharlos, como yo te estrecho á tí...

Y *ritardando* el compás, exclamó:

—¡Qué feliz me hace, Dios mio!... Oh! puso totalmente en blanco sus ojos y... se desmayó....

Perdendosi

..

Asi terminó aquella escena *Duetto*, que muchos de nuestros lectores creerán hija de la exageracion; pero que fué exacta, como exacto fui yo desde aquella noche, en el cumplimiento de una nueva era de amores; esto es: amandola mucho en todos los *tiempos* y en todos los *tonos*, asistiendo á todas las citas y oyendo las continuadas *citas* de una aglomeracion de autores y hombres célebres, que en su cerebro bullen á todas horas.

..

Verdaderamente Marta era muy bonita y se le podian tolerar muchas cosas, entre otras, el ser *partidaria* de la filosofia alemana, saberse de memoria *La Desesperacion* de Espronceda, talaroar con frecuencia trozos de ópera destrozados, embadurnarse la cara con polvos de arroz, hablar el Italiano, asegurar que llamaron á Dante siete veces consecutivas al palco escénico la noche que estrenó su comedia, por lo que desde entonces se la adjetivó *divina*; y la de improvisar decimitas con rimas forzadas, en lo cual no encontraba rival.

Eso sí, tenía una conversacion amena y general, que no había mas que pedir, aunque pocas veces comprendia yo sus floridos razonamientos, y eso que todos los sustantivos los hacia perseguir por calificativos que esplicaban más su idea; por ejemplo: *una cruenta amargura*, *un lastimero lamento*, *una afinadísima armonía*, *un triste drama*. Todo lo acompañaba, todo; hasta los monosílabos *sí* y *nó* no se atrevía á dejarlos salir sueltos, sin su correspon-

diente *tal* para que resultase *si tal y no tal*, que producen mejor efecto en el oído.

Una tarde, que encomiaba en un brillante discurso «Las Ruinas de Palmira» y «Dios en la naturaleza» filosofando acerca de la creación del hombre, de su destino, del Génesis y de otros sencillos asuntos, de repente hizo una transición y con un tono conmovido y dulce, pero melo-dramático, dijo:

—¿Me amas, vida mía?

Y juntando mis manos, y mirando al techo le contesté en *tono brillante*:

—«Responda el Cielo, yo no.»

Y haciendo una nueva transición, continuó:

—«Dicen que Dios hizo el mundo en seis días, pero nosotros hemos hecho mucho más, por que creamos nuestro amor en una hora, y nuestro amor es mas grande que el mundo: ahora bien, ¿tú sabes que es amor?»

—Semejante pregunta á boca de jarro me hizo el mismo efecto, que si me llevara la mano al bolsillo para pagar el gasto hecho en el café, y me encontrara sin dinero. ¡Qué compromiso, Dios mío; jamas había pensando yo qué cosa pudiera ser el amor!

Un silencio frio fué mi contestación, pero repuesto un poco de mi primera impresion, contesté:

—«Son muchas las definiciones que pueden darse....»

—«No puede haber mas que una, como una sola es la verdad: «El amor, añadió, es la idealidad de la realidad de una parte de la totalidad del ser infinito, unido á la nocion del *yo* y el *no yo*»

El mismo Krausse no hubiera dicho otro tanto.

Después de algun tiempo me fué necesario ausentarme, y fuerza fué separarme de aquel oasis de amor, en que las discusiones científicas y literarias hubieran dado celos á un Ateneo

Pero no por este desagradable accidente dejé de ilustrarme desde mi retiro con sus literarias epístolas, de las cuales no puedo menos de copiar una cualquiera, de las pocas que me restan, traspapeladas sin duda, despues de nuestra devolucion mútua.

Dice así:

«Idolatrado: solo cuando recibo una carta tuya necesito quedarme sola, enteramente sola, por que así como las solitarias almas santas se apartan del mundo, para pensar solamente en Dios, yo necesito quedarme sola para pensar sola y exclusivamente solo en el cielo de nuestros amores, solos en su clase por lo acendrados é inmensos.»

«Existen páginas en el libro de la primavera de la vida y en el libro del amor, de ilusiones tan indefinibles, tan indescriptibles, tan sublimes, tan puras y penetrantes, que á su lado parecen las demás descoloridas, escasas de atractivos y matices. Hoy se abre para mí una de esas páginas, por que no solo los reflejos de tu cerebro, si no los de tu rostro veo dentro de tu epístola, que antes de abrirla, por la inflexibilidad del papel, comprendí que incluías tu estampa» (creo que se refiere á mi fotografía)

«Ah! Hubiera querido suspender el hilo de mi existencia y detener el curso del tiempo! Mi corazón, henchido de alegría y de amor, en un éxtasis divino, en un lirismo patético, en una especie de felicidad celestial, se hallaba próximo á desfallecer, en ese dorado paraíso que llamamos amor.»

Y despues de otros párrafos del orden anterior, termina, despidiéndose, no sé si en italiano, pero de esta manera:

«Adio, caro é amantissimo amico; tuia de tuto core per semper, *Marta.*»

Voy á terminar, pero no sin dar á conocer antes al amable lector cómo fué el término de aquel amor inmenso como el espacio; sublime como el espacio; poético como el espacio mismo, cuando le contemplamos en una noche serena y transparente; de aquel amor, *andante maestoso é dolce*, escrito en un *pentágrama* de suspiros, *clave de filosofía en primera línea*.

Discutíamos en una ocasion sobre los signos del Zodiaco, cuando de repente y antes de hablar de Tauro, en una de esas transiciones que tanto la caracterizan, tuvo la maladada y atrevida idea de que escribieramos juntos una obra dramática.

Accedí... ¡Asi nunca accediera!

Primero entablamos un acalorado debate, sobre si sería del género trágico ó del género cómico; ella anhelaba lo primero, yo quería lo segundo... tambien accedí. Despues de escritas algunas escenas en verso heróico, tuvimos la gravísima dificultad de hallarnos con un personaje, que despues de decir una tirada de versos no muy escasa, no sabíamos que hacer de él; pero ella, fecunda siempre, tuvo la luminosa idea, (segun ella) de quitarlo de en medio de una puñalada. ¡Qué horror! Yo no podía tolerar semejante crimen, pero sin contar conmigo se tiñò las manos en sangre, matandolo en una octava real! ¡Qué hacer despues de muerto!

Pero mas adelante, y aqui entra lo mas grave, la trama de nuestra obra se enlazó de tal suerte, que no hallábamos medio de encontrar un desenlace posible. Yo deseaba casarlos á todos; pero ella aseguró que así faltábamos á las reglas del arte, que era tragedia y que era necesario un fin sangriento; y aquella mu-

jer sedienta de sangre humana se le ocurrió la horrible idea de matar también á la primera dama con un *pernicioso veneno*, según su frase. Eso ya no lo pude tolerar; tamaño crimen lo repudiaba mi alma con toda su fuerza.

Marta hizo la cuestión de honor, yo de gabinete; ella se apasionó de su idea, que llamaba desenlace original; yo seguía en mis trece; la terrible mujer no cedía, yo tampoco; le amenacé con la guardia civil, nada; se discutió el asunto, tampoco; disputamos, luchamos, y... ocurrió lo que era de esperar.

¡Nuestras relaciones terminaron por un vaso de veneno! La causa no podía ser más horripilante y trágica.

E. VILCHES.

NOTAS AL AIRE.

Brisas del mar, que al despuntar la aurora
El cáliz de la flor besais inquietas;
Buscad á la que quiero y con sigilo
Contadle mi tristeza.

Auras del valle, que en revueltos giros
Vais derramando perfumada esencia;
Buscad á la que amo y en secreto
Contadle mi tristeza.

Misteriosos murmullos de la noche;
Vagos rumores que poblais la esfera,
Buscad á la que adoro y á ella sola
Contadle mi tristeza.

Pero si acaso indiferente y fría
Permanece insensible á vuestras quejas,
No decirselo á nadie, ni á mí mismo:
Quiero morir con mi ilusión primera.

J. RUIZ NORIEGA.

REFLEXIONES SOBRE EL DERECHO INTERNACIONAL.

Las naciones, lo mismo que los individuos, cumplen en el mundo una misión providencial, y con arreglo á los medios de que disponen, realizan de una manera análoga su destino. La opinión que algunos sostienen, de que la formación de las nacionalidades, su conservación y desarrollo, se deben á casos fortuitos, á circunstancias puramente accidentales y transitorias, es desconocer por completo el íntimo carácter que reviste la vida de los pueblos, y no haberse penetrado jamás del espíritu de la historia y de las enseñanzas que esta nos ofrece en el desenvolvimiento de la humanidad.

Desde el momento que las sociedades se formaron, constituyéndose por el desarrollo necesario de la personalidad humana, y no como quieren algunos, por un convenio que pudo dejar de hacerse, sintióse, como inmediata consecuencia, la necesidad de asentar sobre bases orgánicas y con arreglo á principios fijos los elementos de su vida y desarrollo. Pero no era posible que la gran familia humana formase una sola sociedad: en los primitivos tiempos, la naturaleza y el escaso desenvolvimiento de las facultades del hombre individual oponían un obstáculo insuperable á que pudiera realizarse esta idea, que aun en el día y despues de los pasos de gigante que ha dado el progreso humano, es por muchos considerada como una utopía.

Constituyéronse pues las nacionalidades, y así como múltiples lazos unieron á los asociados bajo un principio de autoridad y una aspiración común, otras diversas causas, derivadas del carácter de los individuos, de las condiciones del clima, de la dificultad en las comunicaciones y de las distintas formas que cada agrupación diera á su constitución política, produjeron una separación, que se convirtió desde luego en manifiesta hostilidad, de la cual la historia de la edad antigua es un continuado ejemplo.

Desde el momento en que el hombre se asoció con sus semejantes, tuvo que realizar la idea del Derecho. Sin ella la sociedad es un caos, es un imposible. Del mismo modo que el hombre por la escitación de sus órganos siente la necesidad del alimento y del vestido, sintieron las nacientes sociedades la imperiosa exigencia de una institución, que fuese el amparo de todos y garantía eficaz en el desarrollo de las relaciones de la vida. Ni en momento pudo haber sociedad sin derecho; y el derecho

civil, que regula las relaciones privadas; y el derecho político, que regula las relaciones del individuo con el estado; y el derecho penal, que sirve á ambos de sancion, hubieron de ser conocidos y aplicados, apenas surgiera la idea de propiedad y fuera preciso dirimir las contiendas y determinar la justicia de las aspiraciones individuales, á fin de que cada cual desarrollase sus facultades en el ejercicio de su libertad, sin detrimento de los derechos de los demás.

De idéntica manera debieron comprender las naciones, que alguna cosa superior á la fuerza habia de regir entre ellas, y que si á los individuos no les era lícito administrarse por si mismos la justicia, tambien los pueblos tenían deberes que cumplir, pudiendo considerarse todos como miembros de una sola familia, como agrupaciones que se dirigian á un fin análogo, en el seno de la humanidad.

Pero por desgracia en las relaciones internacionales, el hecho ha reemplazado casi siempre al derecho. Densas nubes han oscurecido desde los tiempos antiguos el horizonte, velando el esplendoroso sol de la justicia y de la paz. La fuerza ha sido la razon suprema y con la espada se han roto siempre los nudos que la diplomacia no ha logrado desatar. Grecia, la nacion del arte y de los recuerdos, cayó ante las legiones romanas: las hordas de los bárbaros barrieron despues el suelo de la orgullosa Roma, y desde entonces acá ha parecido confirmarse aquella impia máxima de los antiguos, segun la cual, el que tuviera mas fuerza, era el que tenía mayor derecho. (1) Aun en este siglo, las naciones europeas han contemplado impasibles, cómo la codicia se repartia los despojos de la infeliz Polonia, y ahora mismo las ambiciones encontradas de los pueblos sirven para sostener á ese decrepito imperio, que prolonga su agonía en las orillas del Bósforo, aplastando en sus últimas convulsiones con tiranía inaudita á los infelices pueblos cristianos, que se revuelven contra su dominacion injusta, y cuyas desgracias quiere hacer servir una nacion poderosa para lograr sus fines, su constante ensueño de engrandecimiento, su afan de hacer práctico el ambicioso proyecto de Pedro el grande.

Pero sobre las cábalas de los hombres están los designios de la Providencia, y bajo su mano poderosa y sábia se realiza el progreso del mundo, aunque este con audacia desmedida pretenda oponerse á ello. Al observador que con ánimo tranquilo medite en las enseñanzas de la historia, no podrá ocultarse el imperio que la idea del derecho ejerce sobre la conciencia pública, y que avasallando la opinion, sirve de dique muchas veces á las insensatas pretensiones de la fuerza y favorece

(1) In summa fortuna id æquius, quod validius.---Tácit, Annal. XV.

el cumplimiento de la justicia, á despecho de los manejos de la diplomacia.

Vamos á citar dos ejemplos portentosos que demuestran la influencia de las ideas sobre las conveniencias de la fuerza. ¿No habeis visto en los tiempos presentes renacer, como el fénix de sus cenizas, aquella Grecia de Homero y de Platon, que imploró en vano su independencia en un principio, y logrando despues avasallar á la opinion pública, bajo el peso de sus recuerdos de gloria, consiguió que aquellas mismas naciones, para las cuales su independencia podia ser un peligro, la proclamasen y reconociesen, cediendo al grito unánime de todo el mundo ilustrado, que se alborozaba ante la idea de que la libertad, despues de muchos siglos de cadenas, volviera á recorrer gozosa aquellos mismos bosques y sagradas montañas, que presenciaron los juegos de Apolo y de las Musas y se movieron extasiadas al dulce sonido de la lira de Orfeo? ¿Y no estais viendo ahora en esa misma Inglaterra, cuya política la conduce á favorecer los intereses de la Sublime Puerta, para defender los suyos propios, cómo la opinion pública se agita y se impone y surgen de todos los lábios protestas contra los asesinatos de Bulgaria, que preocupan seriamente al gabinete inglés, y que acaso hagan variar el aspecto de la cuestion de Oriente?

Tenemos el íntimo convencimiento de la existencia del Derecho internacional: lo creemos tan poderoso y tan necesario como el derecho privado ó el derecho político: opinamos que tiene una sancion efficacísima en este poder invisible, de que muchos se ríen, pero que no por eso es menos cierto, que se llama *opinion pública*: juzgamos que la obra de Grotius no es el sueño de un filósofo, ni la de Martens un formulario ridiculo: sostenemos por último que el Derecho internacional, como todo derecho, procede de Dios, en Dios se funda y Dios lo sostiene providencialmente en el universo.

Todas estas afirmaciones pensamos comprobarlas en la continuacion de este trabajo, terminando hoy con las palabras de un célebre publicista, que vienen en esta materia á ser la síntesis de nuestras opiniones: «Es completamente imposible que el hecho triunfe definitivamente sobre el derecho. Siendo de Dios el derecho, mientras que los hechos que le destruyen, proceden de los hombres, decir que el derecho sucumbe, es decir que los hombres han destronado á Dios. Felizmente, Dios es el único poder á que las bayonetas no alcanzan. Poco importa, pues, la victoria de la fuerza sobre el derecho; los vencidos en este combate pueden atrevidamente apelar al porvenir y el porvenir no ha de fallarles.»

(Se continuará)

A. G.